Tijeras de higos picos. Entre polvo, virutas, serrines y cajas a medio embalar, Horacio Fumero Delgado muestra tímidamente su producción. Pese a ello, una chispa de orgullo le brilla en la mirada. Trabaja en un vasto taller instalado en el garage de su casa, en Icod el Alto, fabricando aperos de labranza: yugos, arados, trillos pequeños, palas, horquetas, y también utensilios de cocina: cucharas, paletas y morteros, sobre todo. La madera más apreciada para hacer los cucharones y las cucharas es, por su dureza, la de brezo, aunque hay dificultades para conseguirla ya que está protegida. Se obtiene a través de la Viceconsejería de Medio Ambiente, y se debe esperar hasta un año para que seque antes de utilizarla. Si no se hace así, tiende a resquebrajarse con facilidad. Horacio también aprecia el palo blanco, un árbol endémico de las islas propio de la laurisilva, que hoy se encuentra muy protegido por estar en retroceso. A veces utiliza haya y hasta pino, pero los utensilios que él realiza no tienen nada que ver con los industriales que se encuentran en el mercado. Son duros y macizos en extremo, y los hace todos a mano, con técnicas muy primarias: "Yo *jice* un yugo de nogal; *jice* cinco con las herramientas que tenía: la *suela* [azuela], el cepillo de mano, un formón, una *escufina,* una *cuernamusa* y un gramil, que ya no se usa". Son herramientas rudimentarias y toscas, de hoja gastada y mangos de madera, brillantes de tanto sobarlos. La escofina sirve para desbastar e igualar las piezas, mientras que la cornamusa –bella palabra que recuerda al instrumento musical

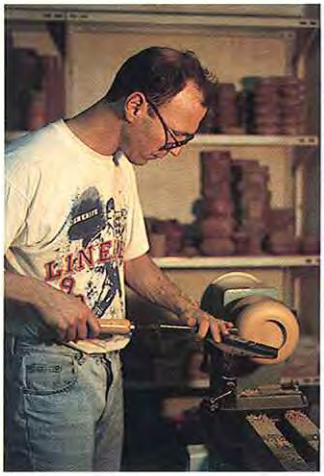
A la izquierda, Horacio Fumero se emplea con la gubia. Junto a estas líneas, una azuela utilizada por Simeón Luis Mesa, de San Juan de La Rambla, para trabajar la madera. Arriba, detalle ornamental de un mueble de estilo colonial canario fabricado por Adolfo Hernández y José Antonio Rodríguez.

de origen medieval– se usa para amarrar cabos. El gramil sirve para trazar paralelas al borde de una pieza escuadrada.

Uno de los objetos más especiales de Horacio son las tijeras de coger higos picos, que en la Península se llaman chumbos, y en Gran Canaria, tunos. Son unas grandes herramientas de entre 60 y 90 centímetros, hechas en madera de pino y con agarraderas de piel de cabra. Acerca de su nombre, hasta él tiene dudas. "Yo iba por las artesanías, y unos le dicen tijeras, otros manijas o cogederas. Entonces resulta que me voy a la artesanía de Arafo y llega una mujer y dice,'¡ay, mira las *taracas*!' Después me voy a Fasnia y entonces llegan dos mujeres y dicen, '¡ay, mira las tranquillas!'". Todo un interesante enredo lingüístico popular.

Horacio, que es todo amor a su oficio, pese a llevar tan sólo desde 1991 dedicado de lleno a él, y pese a la dolencia respiratoria que le atenaza, se lamenta de que su hijo no quiera aprenderlo, aunque lo entiende pues, como casi todos los artesanos, estima que su trabajo está poco valorado.

Cajas de puros. El taller de Diego Rojas Rodríguez es un torbellino de serrín. Nada más franquear la puerta, un intenso olor a cedro invade la pituitaria. Diego, de La Laguna, es ebanista y tornero de oficio, aunque su producción está enfocada hacia objetos pequeños y vendibles para asegurar la rentabilidad de su es-



fuerzo. El grueso lo forman las cajas de puros, para las que cuenta con clientes fijos, y unas pequeñas cajas torneadas de maderas preciosas y formas curvas, que son tan estéticas como táctiles. Diego es alto y desgarbado, y fuma en pipa. Y es que ya se sabe, en casa del herrero, cuchara de palo: los puros se los deja a sus clientes.

Las maderas que utiliza principalmente son la morera y la caoba, aunque las cajas de puros se hacen en cedro de Brasil. "El purero pide siempre cedro porque dice que mejora el aroma del tabaco. El que fuma puros ya sabe lo que quiere", explica. Se supone que esta madera, por su estructura, ayuda a mantener el elevado grado de humedad necesario para la conservación de los puros. Éste se consigue, además, mediante un dispositivo que contiene agua y se introduce en la propia caja. Para obtener las formas, dice haberse inspirado en los libros. Se adapta a las necesidades de uso, la maquinaria y el tipo de madera empleada. En ocasiones le añade una decoración de taracea que adquiere ya hecha.

"El torno es más creativo", comenta, "ahí hay más maderas: mongo, caoba, moral y algunos frutales como el naranjo, nisperero, ciruelo, peral y cerezo". Dice que tiene dificultades para obtenerlas porque "es muy aleatorio; a veces las consigo tras una poda. Ando detrás de Medio Ambiente cuando hacen un cortafuegos o limpian la laurisilva. En Canarias, para este oficio se depende exclusivamente de lo que traen de afuera. La madera que viene en su mayoría es del Zaire y de Nigeria, y pasa por muchos intermediarios hasta llegar aquí, alcanzando precios muy elevados. Es un auténtico lujo". Ante la fatídica pregunta de qué hará cuando se deje de exportar la preciada madera de cedro brasileño, contesta escéptico y levantando los hombros con un "ya habrá otro cedro".

Diego Rojas torneando una pieza. Sobre su banco de trabajo descansan varias cajas de puros realizadas por él.

Diego lleva en el oficio desde 1992. Hasta 1990 estaba impartiendo clases de ebanistería en el antiguo INEM (ahora Instituto Canario de Formación y Empleo). Entonces, decidió montar su propio taller y *liberarse*. Su padre, Esteban Rojas, era también ebanista. Tiene Diego en el salón de su casa una estantería repleta de libros especializados –bastantes de arte islámico– y una vitrina llena de objetos y cajitas de madera, calabaza y otros materiales, procedentes de medio mundo. Entre ellas destacan algunas esféricas hechas en diferentes maderas:

Según Diego Rojas, "el purero pide siempre cedro porque mejora notablemente el aroma del tabaco"

son las suyas. "Hago formas torneadas redondas, con tapas que van surgiendo de manera no deliberada; es intuitivo", dice. "A mí me recuerdan a algo oriental, y eso me atrae mucho; nacen espontáneamente. Los acabados son naturales, con cera de abeja virgen que preparo al baño María y mezclo con aguarrás y aceite de linaza. La cera la busco entre los apicultores".

Talla barroca. Juan José Armas Flores es tallista, y aprendió con un maestro granadino, "Ernesto Jiménez, en paz descanse, el pobre". Juan José, Cheché para los amigos, pasó seis años con él, sus hijos y sus cuñados, trabajando asiduamente en su taller. Según él, la escuela granadina "se caracteriza porque es pura; de arte, arte. Se aprenden estilos como el renacentista, barroco y mudéjar. La granadina es una escuela de estilos fuertes y clásicos, más complicados que los canarios". Es un enamorado de la madera, dibuja muy bien y trabaja con gran precisión. Hace restauraciones para casas e iglesias. En su pequeño taller de La Victoria de Acentejo –apenas un hueco de su garaje– tiene algunas plantillas ejecutadas por él a lápiz y carboncillo en papel de estraza. Se las presenta al cliente para que se haga una idea de lo que pretende realizar; son una preciosidad. Emplea todas las maderas, pero en especial la caoba, que es la más utilizada en ebanistería: "Se trabaja muy bien, es muy dulce". Su producción abarca desde decoraciones de techos con vigas y ménsulas talladas, hasta balaustradas, patas de mueble, marcos, espejos y consolas.

Sobre el banco de trabajo se amontonan numerosas herramientas: gubias de distintas medidas, codillos, gubias planas. La mayoría no se fabrican aquí, vienen de fuera. "Son aceros especiales, pero los mangos son hechos por mí", puntualiza. Juan José, que habla con veneración de su maestro, de quien dice que era bueno como tallista y como persona, comenta que se dedica a la talla en sus ratos libres y siempre que haya encargos pues, asevera, de ello no hay quien viva. Una observación constante entre los artesanos.

Taracea canaria. La taracea popular canaria es uno de los trabajos en madera más desconocidos. Apenas queda ya nadie que la siga manteniendo; Antonio Giménez Martínez es una excepción. Además de artesano, es un artista, un virtuoso de las artes decorativas. Antonio es un hombre de cierta edad y mirada expresiva, que rezuma simpatía y saber hacer. Trabaja en un enorme taller de un barrio de La Laguna, ordenado y lleno de objetos y herramientas

amorosas. En ocasiones le acompaña alguno de sus hijos, que viene a echar una mano o terminar alguna pieza. Además de taraceador, es imaginero, tallista y lo que le pongan por delante. Trabaja también el marfil, la piedra y hasta el barro, con el que realiza unas deliciosas figurillas para belenes.

Es granadino y vive en Tenerife desde 1956. "No soy medio canario, soy canario entero", asegura. En efecto, de su origen sólo le queda la chispa, porque el acento y el sentimiento los tiene muy de aquí. "Yo me malcrié en la calle Elvira, en Granada. Vine porque me dijeron que había trabajo; me fondeé y me instalé aquí. Me he dedicado a la escultura, la imaginería". Señala hacia un cartel en el que aparece la imagen de una Virgen de la Macarena, en la iglesia de La Concepción de Santa Cruz: "La hice en el 59, pero después fue reformada, que no restaurada". Y añade con enojo: "Me la pusieron igual que Heidi, con unos coloretes de mal gusto, sin respeto, sin profesión, ni oficio".

Antonio continúa con el relato de su vida profesional: "Me formé en los principales talleres granadinos. Primero con los Barbero; luego estuve en el taller de Prados López y más tarde con Domingo Sánchez Mesa, todos escultores e imagine-

Juan José Armas talla decoraciones en vigas, ménsulas, balaustradas, muebles, marcos y espejos

Juan José Armas tallando una pieza de madera. En la fotografía de arriba se puede apreciar el detalle del trabajo.

ros". Hoy se queja de que, a pesar del espacio que tiene en el taller, no puede enseñar a nadie, porque, además de dedicarle varias horas al día, hay que dar de alta al aprendiz en la Seguridad Social y pagarle un sueldo. "Yo estuve tres años de aprendiz sin cobrar un duro; si el maestro nos daba un coscorrón nos callábamos, y no fuéramos a decírselo a los padres, porque nos caía otro", asegura. Su sueño es crear un taller gremial en el que enseñar a jóvenes que se interesen de verdad por el oficio. Su talante pedagógico y su buen humor no tienen casi salida, y es una pena.

Da algunas clases de talla, dibujo ornamental, modelado y vaciado en la Universidad Popular del Puerto de La Cruz. "Es el único contacto que mantengo con la juventud. Más que maestro, soy amigo de ellos. Tengo alumnos que están especializándose en talla", y añade: "yo soy un hombre con juventud acumulada: 20, y otros 20, y así; no soy un hombre viejo". Nació en 1929 y está como una rosa.

Además de las tallas religiosas de estilo barroco como las que esculpió para la clínica de San Juan de Dios, en La Laguna, y algunas restauraciones, Antonio se ha especializado en taracea canaria. "Empecé a recuperarla como consecuencia de una restauración que tuve que hacer. Se había perdido por completo y estuve investigando". Hace pequeñas arquetas, bargueños y cajas con motivos simétricos, primitivas y muy bellas. Tienen un aire africano, en parte logrado por la sencillez y la simetría de la ornamentación, y en parte por la combinación de maderas y el

contraste de colores: el marfil se logra mediante el limonero; el negro, con el "ébano canario" o barbusano [b]; y el rojo, con el "sándalo canario" o sabina, que tiene un penetrante aroma. Antonio conserva algunas planchas antiguas procedentes de desguaces. Los herrajes los hace él mismo y son de plata, lo que convierte la pieza en una auténtica joyita. Explica que el primitivismo de las formas y la ornamentación canarias, frente a la complejidad de la taracea granadina o siria, por ejemplo, probablemente se deba a que "alguien viniera en época de la conquista sin dominar el oficio". Sus piezas denotan una clara influencia mudéjar, y su sencillez no es óbice para la gran belleza que adquieren en manos del maestro.

También hace estuches, baúles, marcos, atriles y hasta muebles en taracea. En un altillo que se sitúa al fondo del taller tiene una mesa llena de herramientas y algunos de los objetos realizados por sus alumnos: pipas, cuchillos canarios y unas preciosas miniaturas de taracea con hueso y maderas. Guarda asimismo unas cómodas en miniatura con motivos populares canarios y dibujos de los años cincuenta. Son pequeños dijes que está haciendo para sus hijos e hijas.

Un Cristo de estilo barroco en miniatura y una cómoda de taracea, también en miniatura, realizados por Antonio Giménez.

Antonio Giménez está lleno de entusiasmo y detalla con nostalgia aquel proyecto de "construir un pueblo de artesanos con vivienda, ermita, polideportivo y talleres, todo en la tradición canaria", que hace ya años presentó al Cabildo y quedó en agua de borrajas. "Me ha salido el cuerpo bueno, lo único que no me ha salido bueno es la capota"; dice señalándose la calva; y añade: "todavía pienso que tendré tiempo para realizarlo".

Instrumentos musicales. La danza y la música forman parte del más íntimo paisaje humano de Canarias. El sentido isleño del disfrute, el color y la fiesta no se podrían entender sin ellas. Isas, folías, malagueñas, tanguillos y seguidillas alegran no sólo las grandes celebraciones, sino cualquier sobremesa campestre que se precie, surgida al calor de un vaso de vino o un trago de ron, a cargo de una parranda o cuadrilla musical improvisada.

En época prehispánica existía una música elemental, visceral y arcaica, en la que sólo palos, piedras, silbos y golpes de manos y pies marcaban el ritmo. Nada de ins-

"Yo estuve tres años de aprendiz sin cobrar un duro; si el maestro nos daba un coscorrón, nos callábamos", señala Antonio Giménez

trumentos de cuerda ni de viento. A los primeros cronistas que surgieron tras la conquista les llamó la atención esta música en cierto modo convulsiva y siempre teñida de tristeza. Gómez Escudero escribió en *Noticias de la nación Canaria*: "Los bailes de Gran Canaria los hacían con varas de drago pintadas, zapateando y dando cabriolas. Se celebraban en recintos preparados para tal fin. Cantaban canciones lastimeras y sentidas" [8]. En cuanto a La Gomera, afirmaba: "Oyendo cantar solían llorar y enternecerse; así la cosa era trágica y lastimera" [9]. Hoy, el baile gomero del tambor, por su arcaismo y contundencia a base de *chácaras* (enormes castañuelas) y tambores, lo mismo que el tajaraste, el sirinoque y el tango herreño, podrían contener reminiscencias aborígenes, aunque, según los musicólogos, apenas queda rastro alguno. Sin embargo, como nota curiosa a la hora de rastrear huellas, acerca de esta última danza amorosa, el tango herreño, el musicólogo Lothar Siemens asegura que "esta bellísima danza va acompañada por el ritmo simple de un tambor grande, la voz de un campesino que interpreta una curiosísima canción '*de aliento entrecortado*' y la incidencia, en contrapunto '*ostinato*', de una popular flauta travesera, a la que el cantante alude continuamente en el estribillo llamándola '*nai*'" [10]. Pues bien, por *nai* se conoce en Oriente –en concreto en Irak e Irán, que tanta influencia tuvieron en la música andalusí– una flauta de caña de seis agujeros.

Timples fabricados por Francisco Farina y, en la fotografía de la derecha, detalle de la caja de resonancia de un timple realizado por Antonio Giménez.

Las raíces de la música canaria, por tanto, hay que buscarlas en las aportaciones españolas –andaluzas, sobre todo–, portuguesas e, incluso, iberoamericanas. Las melodías canarias están llenas de aromas habaneros, guajiras y puntos cubanos. Para su ejecución: flautas, panderetas y sonajillas, pero también instrumentos de cuerda como guitarras, laúdes, bandurrias y timples, el instrumento canario por excelencia. De él dicen los expertos que, sin duda, procede de los guitarrillos españoles. También en Venezuela y en Colombia existe un instrumento de cuerda semejante: el tiple. Lo único que diferencia al canario es la caja de resonancia, de forma alargada y abombada por su parte inferior, parecido, en cambio, a los intrumentos de cuerda malienses, nigerianos y mauritanos. Y es que en música, como en tantos otros aspectos de la cultura canaria, los mestizajes han sido, y siguen siendo, enormemente fecundos.

La odisea venezolana. En una casa terrera pequeña y muy humilde de Tegueste vive Juan Hernández González, todo un personaje. Los muros son de cemento sin encalar, y está precedida de un pequeño terreno y un patio llenos de útiles desvencijados, trastos y maderas apiladas. Unas tapas de guitarra repo-

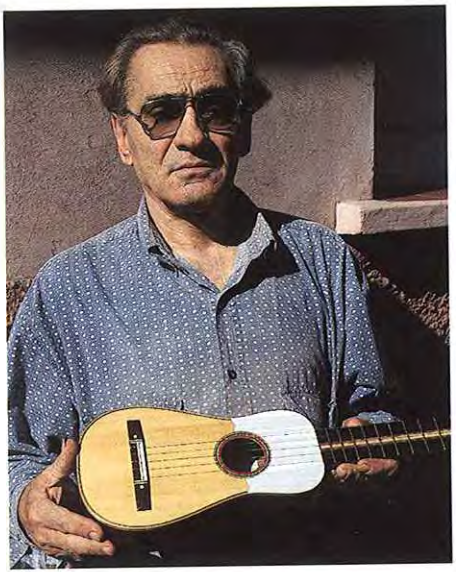
san al sol. Las malas hierbas parecen invadirlo todo, pero una charla a fondo con él desvelará que no son tan malas como parecen. Juan se revela como un excelente herborista, que se conoce al dedillo el nombre de cada cual y su utilidad bromatológica, como los boticarios de antaño. Tiene plantado, en viejas macetas y en latas, de todo: albahaca de varias clases, toronjil, *pasote*, orégano, lavanda silvestre, llantén, borraja y poleo. En el solar crecen algunos frutales y hasta un roble. Su perra Tula olisquea al extraño y da el visto bueno si su dueño también lo acepta.

En su pequeño taller vivienda conviven desde una nevera sin CFC (él no sabe que eso significa sin gases clorofluorcarbonados, tan nocivos para el medio ambiente; algo muy novedoso) y un microondas, hasta un sinfín de instrumentos de cuerda y objetos tan dispares como calabazas, maracas venezolanas, viejos retratos de familia, diplomas y juguetes de madera. Los muros están literalmente empapelados con imágenes desvaídas de almanaques enmarcados. "Yo saqué las fotos de las matas esas [se refiere a unas impresionantes orquídeas]. Crecen a orillas del río aquél de Venezuela [el Amazonas]; iba hasta allí con un indio", explica. Es alto, mayor –nació hacia 1920–, y se nota que de joven tuvo que ser apuesto y buena pieza. Hoy se dedica en los ratos libres a la fabricación de instrumentos musicales, en especial timples, guitarras, bandurrias e incluso arpas; pero antes que fraile fue cocinero: "Yo aprendí de todo en Venezuela. Me marché en el 57 y allí hice de chófer; antes del mes ya estaba manejando. Trabajé de

El timple canario se distingue del tiple colombiano y venezolano por su caja de resonancia, alargada y abombada por la parte inferior

zapatero, albañil y jardinero". Cuando regresó en 1981 comenzó a tallar madera gracias a unos cursos del INEM y, poco a poco, se dedicó a los instrumentos musicales. Para ello emplea toda clase de maderas que se amontonan en forma de troncos en un cuartillo lateral: utile, caoba blanca y caobilla, *naranjera,* moral, nogal, nisperero, calanda y palosanto. Como muchos canarios de su edad, toca el timple que da gloria y tiene un gran sentido musical, estrechamente unido al disfrute de la vida: "Toda la juventud la eché allí, en Venezuela, pero con la dictadura se acabó todo. Yo estaba metido en la política, con los militares, y andábamos de parranda porque yo tocaba la guitarra y mi amigo, el acordeón y la bandurria".

Pese a la inicial imagen de desolación que se desprende de un hombre que vive solo (está separado de la mujer y tiene tres hijas), *chó* Juan mantiene con mimo y cierto orden las estancias de su casa. En el taller propiamente dicho se acumulan algunas de las máquinas que ha conseguido poco a poco: una rebajadora y una cepilladora que tiene "*pa' cer bujeros*", un torno, una sierra eléctrica, otra para hacer cabezas ("me corté un dedo y yo me lo curé; si llego a ir al médico me lo corta"). Bajo una tela plastificada, unas jaulas dan cobijo a unas gallinas bien nutridas y muertas de aburrimiento. Tras una risa sonora y una vida tan densa que se le agolpa en la mirada y en las paredes, a Juan se le nota la soledad; inspira ternura. Mirando un tomatero venezolano que crece frente a la casa, comenta sin amargura: "Tenía una *naranjera* pero me la echaron a perder de tanto



mirarla, con el mal de ojo. La gente es más mala que el carajo y dice '¡ay!, Dios la guarde'; la guarde, pero por dentro están diciendo: 'que se pierda'".

El timplero autodidacta. Como muchos de los artesanos tinerfeños, Francisco Fariño Izquierdo se considera autodidacta. "Aprendí el oficio solo, viendo un timple, rompiéndolo y arreglándolo; los modelos los saco yo". Es un auténtico manitas; un perfeccionista. Menudo y vivaz, es uno de los timpleros más jóvenes: nació en 1955. Se pasa las horas muertas en el pequeño taller que él mismo ha instalado en la azotea de su casa, una vivienda que también construyó con sus propias manos en lo alto de Pinolere, un barrio de La Orotava. "A mí me encanta esto, subo a las ocho u ocho y media de la mañana, y me dan hasta las doce de la noche, tranquilo aquí solito", dice entusiasmado.

Técnico de mantenimiento durante años en unos apartamentos turísticos, pidió recientemente una excedencia y lleva unos meses dedicado de lleno a lo que más le apasiona: la construcción de instrumentos musicales. Los encargos de casas especializadas y grupos folklóricos le llueven. Para construir sus timples utiliza cedro de Brasil, nogal, moral y palosanto. Algunas tiras de madera las trae tal cual de la Península, mientras que las locales como el moral y el nogal las lamina él mismo. La madera ha de tener un mínimo de cinco años de secado natural para que no se agriete, y tiene que haber sido podada en la época de menguante, "que es cuando empieza a echar *revientos*. La savia", explica, "está subiendo, y la madera se pone más dura y es más resistente". Todos los artesanos relacionados con este material y los cesteros opinan lo mismo que él.

A la izquierda, Agrícola Álvarez muestra un timple realizado por él. Juan Hernández trabajando en el acabado de una guitarra.

Además de timples, Francisco sabe hacer guitarras, bandurrias y laúdes. Usa una máquina *sinfín* para realizar formas redondas, y curva las láminas de los costados de estos instrumentos aplicándolas contra un tubo de metal que se calienta mediante una resistencia. Una vez que ha cortado y dado forma a la tapa armónica, la caja de resonancia y el mástil, los pega con cola y los recubre con un barniz de poliuretano. El diapasón del mástil lo hace Francisco con madera de *naranjero* y ébano, y las decoraciones las realiza también él, pieza a pieza y lá-

Para la construcción de instrumentos musicales los artesanos emplean cedro, moral, nogal y palosanto

mina a lámina, con esos mismos materiales, debido al contraste que ofrecen entre el marrón casi negro y el marfil. A quien no puede pagar tanto virtuosismo (un timple cuesta entre 15.000 y 60.000 pesetas), Francisco Fariño ofrece timples de haya con una ornamentación más sencilla. Sin embargo, su pasión no encuentra de momento sucesores. "No tengo hijos, todas son hijas; eso es lo malo, porque el día que yo deje esto, ya nadie sigue", se lamenta. Pero no hay que desesperar: le quedan aún muchos años de cuerda.

Música culta. Tras el curioso y literario nombre de Agrícola Álvarez Alemán se esconde un hombre sencillo dedicado a la fabricación de timples. Tiene un pequeño taller inundado de polvo y serrín que da a la calle, en el barrio de La Cuesta, en La Laguna. "Años llevo como 57, desde que tenía los 14. Soy autodidacta, no he tenido maestro ni para tocarlo ni para hacerlo [el timple]. Cuando gusta una cosa se hace; yo empecé a tocar desde los 13, y no había posibilidad de conseguirme uno. El primero no salió a gusto mío, fuí perfeccionándolo hasta llegar a hacer instrumentos de primera fila". Agrícola lleva el oficio en los genes: "Yo hacía guitarras también. Ahora no, ahora sólo hago timples, porque con las guitarras de la Península no se puede competir. Timples de concierto (tienen siete cuerdas que sirven para puntear, en lugar de cinco, y la caja de resonancia es un poco más grande) y el normal parrandero, que es para *rajear* y para punteos sencillos". Emplea maderas nobles: palosanto ("la mejor"), pino abeto alemán para las tapas, haya, nogal y palisandro.

Agrícola muestra fotografías y carteles donde aparece tocando el timple en conciertos junto con su hermano Ángel, que murió y era concertista de guitarra. "Ahora no toco en ningún sitio desde hace cuatro años que lo dejé. No encuentro acompañamiento. No hay fundamento; no cumplen, y así, sin ensayar, no se puede andar por el mundo", comenta con un ápice de amargura.

En el taller de Francisco Fariño se amontonan todo tipo de piezas y láminas de madera para la fabricación de instrumentos musicales.

Tocaba el timple clásico y el popular, el parrandero. Interpretaba música latina y española: Albéniz, Granados, Turina. "Para eso mi hermano ya me dio clases (era músico, compositor y arreglista). Me enseñó solfeo y me purificó. Ahora toca Silvestre, el hermano más chico, aunque hace mucho que no lo veo". Cuando se le pregunta el motivo, explica que "la familia mía somos como los árabes, que se distancian. Somos muy separatistas; cada uno se arrima a la brasa *pa* asar su sardina. Somos una familia muy despegada".

A este timplero, el oficio le viene de tradición. Cuenta que su padre, San-

tiago Álvarez Regalado, fue compositor y director de grupos folklóricos en Garachico, al noroeste de las isla, donde él mismo nació. Pero, por si las moscas, Agrícola Álvarez ha decidido no perpetuar el oficio y no enseñar música a sus hijos, cinco en total. "A ninguno quise enseñarle a tocar para que no se saliesen del tiesto y no lleven el mismo camino que yo, de parrandero". ¿Qué tendrá el oficio de parrandero que tanto resquemor le produce?

1. Verneau, R. *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, trad. Delgado Luis, J. A., col. A Través del Tiempo, La Orotava, 1996, p. 212.
2. Cuscoy, L. D., *El conjunto ceremonial de Guargacho, arqueología y religión*, Museo Arqueológico de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1979, p. 99.
3. Abreu Galindo, F. J., *Historia de la Conquista de las Siete Islas de Canaria*, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 1997, p. 296.
4. Stone, O. M., *Tenerife y sus seis satélites*, vol. I, trad. Amador, J. S., Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1995, p. 450.
5. Glas, G., *Descripcion de las islas Canarias 1764*, trad. Aznar de Acevedo, C., Instituto de Estudios Canarios, Tenerife, 1982, p. 69.
6. Ledru, A. P., *Viaje a la isla de Tenerife (1796)*, trad. Delgado, J. A., notas Hernández, J., col. A Través del Tiempo, Madrid, 1982, p. 90.
7. Coquet, A., *Una excursión a las Islas Canarias*, trad. Delgado, J. A., col. A través del Tiempo, La Orotava, 1982, pp. 33-34.
8. En *Natura y Cultura de las Islas Canarias*, Cultura de las Islas Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1982, p. 359.
9. Ibid., p. 359.
10. Ibid., p. 365.

a. Unidad de medida para leña, equivalente a lo que puede apilarse en el espacio de un metro cuadrado.

b. El barbusano es un árbol de la familia de las lauráceas. Existen dos variedades, *Apollonias barbujana* y *Apollonias ceballosi*, o barbusano negro, que sólo se encuentra en algunas regiones de La Gomera.